



# EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAC.

AÑO I.

23 DE MAYO DE 1870.

NÚM. 18

## SUMARIO.

—  
**TEXTO.**—LA MONARQUIA, por D. Juan Cancio Mena.—  
 DEUDAS DEL CORAZON, por D. S. Goicoechea.—LOS INDIANOS (continuacion).—VIAJE DE RECREO.—LA MARCHA DEL VOLUNTARIO, por D. S. Falcon.—NOTICIAS.  
**GRABADOS.**—Catedral de Pamplona.—Sepulcro de don Carlos III, el Noble en la catedral de Pamplona.

## LA MONARQUIA.

### Artículo VI y último.

Vamos á condensar los grandes principios que demuestran la bondad de la institucion monárquica, porque no queremos estendernos en prolijas consideraciones ni en profundos comentarios sobre ese supremo vinculo de gobierno, que tanto ha contribuido al adelanto y al engrandecimiento de los pueblos.

Y para realizar nuestro intento, nos bastará fijarnos en que todos los hechos que más importan al desarrollo de los gérmenes del progreso que se esconden en el espíritu del hombre requieren no solo una gran masa social para desenvolverse, porque todas las leyes económicas se desenvuelven á medida que la sociedad crece y se multiplica, sino un lazo de gobierno que los intime y los confunda en la unidad del gobierno.

¿Cómo ha de concebirse la unidad en la civilizacion ni aun los rasgos caracteris-

ticos de las grandes naciones, si se abandona el individuo á una autonomia absoluta, si se forma el municipio por una cuestion voluntaria, y si se constituyen las provincias y los Estados por unos pactos potestativos, que tienen mas de quiméricos que de reales?

Mientras admitamos el principio de una libertad absoluta que encastille al hombre en su propio individuo; mientras creamos que la voluntad está sobre el derecho; mientras la opinion prevalezca sobre la evidencia de la verdad, es inútil que examinemos, ni que discutamos, porque el radicalismo de los sistemas preponderará siempre y se impondrá en el mundo con despótico imperio.

Solo cuando las exajeraciones sistematicas cedan ante la prudencia del criterio; solo cuando las doctrinas radicales se rindan ante las doctrinas de relacion; solo cuando la observacion y la esperiencia modifiquen las exajeraciones de la fantasia, es cuando se podrá entrar en el terreno de la sana filosofia y se podrá discutir con provecho y estudiar con resultados.

Pues bien: si en los artículos anteriores hemos combatido con gran copia de razones el espíritu pulverizador de los radicalistas; si hemos demostrado axiomáticamente que el carácter mas primordial del gobierno es la unidad; si hemos descubierto los vicios que entraña el individualismo, y hemos hecho ostensible las gran-

des relaciones naturales que enlazan por fuerte y estrecho vinculo á los hombres, relaciones que se sobreponen á su voluntad, preciso es convenir en que todo procedimiento, todo hecho y toda institucion que garantice esas relaciones tan esenciales es una institucion fundamental y salvadora.

En el órden económico hay un resorte providencial que opera grandes milagros; ese resorte es el interés personal; pero no le basta al individuo poner en juego su actividad y sus facultades para utilizar completamente sus esfuerzos, sino que le es indispensable que los demás individuos progresen y adelanten, pues solo mediante tales condiciones puede dar salida conveniente á los frutos de su laboriosidad é inteligencia.

Esto demuestra que ese individualismo á que se le reconocen por los utopistas los fueros y los privilegios de una omnipotencia infalible, es pobre y estéril mientras no colabore en perfecta armonia con la gran suma de individuos que forman y constituyen la sociedad.

Por otra parte, hay que considerar que el poder político desempeña una mision importantísima en el mundo, porque encauza y dirige hácia el bien, en sus múltiples manifestaciones, á la sociedad civil, removiéndole los grandes obstáculos que se le oponen y abriéndole sendas desconocidas para su engrandecimiento. De otro

modo no se concibe esa seguridad en que vive el individuo, seguridad tanto en lo que afecta á su persona como á sus bienes, y sin la cual no es posible un estado de tranquilidad y reposo para dedicarse á todas las funciones del trabajo en sus formas infinitas.

Y mientras el trabajo no se levante poderoso, ya simplificando sus procedimientos, ya abriéndose estensos horizontes para el cambio, es imposible la civilización.

Pues bien; ese poder político es por su naturaleza suyo é independiente, y no se subordina mas que á los principios y á las doctrinas de la ciencia de gobierno; pero no se fracciona por el territorio, pues si tal hiciera no sería un poder, sino que se convertiría en tantos poderes cuantas fueran sus divisiones.

Ahora bien; el poder político debe ser central, porque sin un centro desde el que irradie su acción benéfica no sería verdadero poder.

Y si el poder es central, no se comprende su carácter privativo como el resultado de la voluntad caprichosa de todas las entidades que constituyen la esfera en que rige, sino como una condición necesaria de su naturaleza.

Los pueblos, ó se han constituido fatalmente y sin apercibirse sus individuos, ó se han formado por grandes acontecimientos, muchos de ellos providenciales.

Pero constituido definitivamente un pueblo, es un absurdo atribuir su origen al pacto de las entidades que lo componen mientras este pacto no haya sido un pacto expreso y esplicito que haya trazado una línea divisoria entre las atribuciones particulares de la parte con el todo, conservando la parte alguna esfera suya y autónoma.

Pues bien; desde el instante que funciona el poder político, funciona en servicio de todo el pueblo y para bien de toda la nación.

Y de ese modo todos los adelantos del gobierno, ya procedan directamente de la ciencia, ya de observación, convergen en un punto, esto es, en la unidad del poder, é irradian á toda la circunferencia. Así es, que todas las grandes leyes de los pueblos, ya determinen la forma de su gobierno, ya organicen la administración pública, ya definan las relaciones privadas de los ciudadanos, ya los hechos criminales, ya fomenten la instrucción pública, ya, en fin, respondan á los mas altos fines sociales ó á objetos de detalle y de aplicación, todas interesan al pueblo para que se dictan.

Y como las leyes no deben proceder de la voluntad de algunas clases privilegiadas, sino de todas las clases sociales, congregadas por medio de sus genuinos repre-

sentantes, ni de la voluntad irreflexiva, sino de la voluntad razonada que se conforma siempre con la justicia, en cuanto la justicia sea conocida, y que para todo atiende á las verdaderas necesidades del país, es indudable que cuanto mas se universalicen las leyes sábias y prudentes, mayor será la felicidad y mas elevado el nivel del adelanto de los pueblos.

Y esa concentración de fuerzas sociales para desarrollar el progreso, en cuanto el progreso se desarrolla por la acción política; esa centralización del poder, que obliga á los individuos, no solo á respetarse en sus estrictos derechos, sino á mejorar sus ideas, á purificar sus sentimientos y á robustecer sus virtudes por medio de la enseñanza pública y de otros grandes recursos de carácter general, en ninguna otra institución mas que en la monarquía está mas perfectamente representada, porque la monarquía significa la unidad en el poder político, la garantía de los derechos naturales, la síntesis de todas las aspiraciones honradas y el sólido cimiento de las naciones.

No es que queramos revestir la monarquía de atribuciones soberanas y omnipotentes, sino que, por el contrario, la consideramos como un medio eficaz y un procedimiento supremo para que el gobierno se inspire en las verdaderas necesidades del país, y para que sea fuerte y enérgico, á fin de que las leyes se conviertan en hechos positivos y fecundos.

Ya lo hemos dicho: en el monarca descubrimos un doble carácter, el de depositario de los intereses permanentes de la sociedad, como son los intereses de la justicia, y el de mandatario de los intereses accidentales de los pueblos, como los intereses de forma, y de reformas en las instituciones públicas.

Bajo ese doble carácter, y bajo el principio de que la monarquía se levante sobre un pacto de alianza que defina perfectamente las relaciones entre el pueblo y el príncipe, bien puede aceptarse esa institución providencial, que al escudar los grandes derechos naturales del hombre, sin treguas ni paréntesis, y al ofrecerse como un instrumento poderoso á la sociedad, para que las leyes se cumplan y concilien en sublime armonía dos términos que parecen irreconciliables, dos ideas que parecen disonantes: el orden público y la libertad verdadera.

JUAN CANCIO MENA.

## DEUDAS DEL CORAZON.

### EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

(Continuacion.)

A los gritos, sollozos y quejidos de María llegóse su capitán, quien, despues de haberse informado de las causas y motivos del alboroto, preguntó á la madre:

—¿Cómo se llama su hijo de Vd.?

—Luis, señor, contestó María columbrando en aquella pregunta un rayo de esperanza.

—Luis... ¿de?... Y púsose el capitán á examinar un papel, añadiendo acto continuo:

—¡Luis de Urbieta!

—Sí, señor oficial, Luis de Urbieta, ese es su nombre, contestó llena de alborozo la madre, antes de que el capitán concluyera de hacer la pregunta.

—Aquí está; es uno de los prisioneros.

—¿Es eso cierto? ¡Dios mio! ¿No me engaña Vd.?

—¡Ba! No es el caso para bromas. Le digo á Vd. que esta ahí.

—¡Señor! exclamó María, levantando los ojos y las manos al cielo; Señor, ¿qué he hecho yo para merecer tanto bien?

El oficial y los soldados que rodeaban á aquella mujer mirábanla sorprendidos de oír lo que decía, pues no acertaban á comprender que una madre pudiera dar gracias á Dios de que su hijo hubiese sido hecho prisionero.

¡Ah! No sabían, no, ni los soldados, ni el oficial, que aquella madre se hubiera quizás considerado muy feliz, un momento antes, con llegar á tiempo de poder oír la última palabra, de recibir el último suspiro de su hijo.

—Vd. me permitirá hablarle, señor oficial. ¿Verdad que sí? dijo la madre despues de aquella plegaria elevada á Dios desde el fondo de su alma.

—Luego.

—Aunque no sea sino verle...  
—Mas tarde. Ahora no puede ser, porque en este momento les están juzgando.

—¡Juzgando! ¡A mi hijo! ¿Y por qué?

La estrañeza del capitán llegó á su colmo al oír espresarse á María tan inocentemente.

—Vaya, buena mujer, luego le verá Vd., fué lo único que supo decirle al volver á entrar en la casa de ayuntamiento.

Quedó María rodeada de los soldados y presa de mil dudas é incertidumbres, que no acertaba á descifrar.

—¡Juzgándole! murmuraba por lo bajo. ¡Juzgándole! ¡Oh! El dirá, sí, él dirá que le llevaron á la fuerza... Esa es la verdad. Luego él no es culpable. ¿No es cierto,

añadió en voz alta dirigiéndose á los soldados, no es cierto que le dejarán libre?

Y los soldados la miraban callados, creyéndola loca.

Sentóse María, rendida, en el escalon de la entrada, repitiendo entre dientes:

—No, no es culpable.

No hacía cinco minutos que se hallaba María ensimismada en su dolor, puestos los codos en las rodillas y las manos en la cabeza, recorriendo, allá en su imaginación, la vida toda de su hijo, desde el día en que vino al mundo, cuando oyó á su lado una voz que decía:

—Mañana á las seis les fusilan.

Levantóse María, como movida por un resorte, giró su vista estraviada, sin fijarla en punto alguno, y dió un paso hácia el interior del edificio, quizás sin darse ella misma cuenta de lo que hacia, pues allí estaba el centinela, que como la vez primera la detuvo en el umbral de la puerta.

—¿A quién fusilan mañana, muchacho? preguntó la madre á un tambor granuja que salia de la casa, y que fué quien la habia sacado de su meditacion.

—A los prisioneros; ¿á quién han de fusilar? fué la contestacion del muchacho, que echó á correr, sin cuidarse del efecto que habia hecho su respuesta en el ánimo de María.

Faltáronla á esta las fuerzas por la primera vez durante aquel terrible día, y tuvo necesidad de apoyarse contra el muro del edificio para poder tenerse en pie.

Un copioso sudor frio inundó su rostro; agitado y encendido hasta entonces por la escitacion y carrera que habia traído desde el campo de batalla, tornósele pálido, blanco, mas bien. Dos cintas amoratadas hacian aun mayores sus grandes ojos negros, inyectados de sangre. Asomóse á sus lábios espuma sanguinolenta; flaqueáronla las piernas, y, estendiendo los brazos hácia adelante, sin dar un grito, sin exhalar una queja, cayó de bruces sobre el enlosado del portal.

Los soldados que estaban mas cerca de María se apresuraron á acudir en su auxilio, y la condujeron sôlicitos á una cantina que estaba allí mismo, en la plaza.

Merced á los remedios que la propinaron, volvió en sí la pobre madre, pronunciando lo primero de todo el nombre de su hijo.

Luego que se tranquilizó algun tanto y recuperó parte de las fuerzas perdidas, merced al alimento que la hizo tomar la cantinera, recorrió en su memoria, estraviada hasta aquel momento, todo cuanto le habia acontecido aquel día, y, por último, ó quizás antes de todo, la situación en que se encontraba su hijo.

Hizo un esfuerzo, é incorporándose sobre un mal jergon, en que se hallaba tendida, preguntó á la cantinera:

—¿Está alojado lejos de aquí el general?

—El general no está en este pueblo; ha marchado á Cábrega.

—¿Hay mas desgracias? ¡Dios mio! ¿Y está lejos de aquí Cábrega?

—A un cuarto de legua.

—¡Ah! entonces voy allá.

—¿Qué es lo que está Vd. diciendo? Si apenas podrá Vd. tenerse en pie.

—Aun tengo fuerzas; ¡lo vé Vd.?

Y para hacerlo ver, púsose efectivamente en pie.

—Vaya, no se canse Vd., porque eso no es posible.

—Me marchó. Dígame lo que la debo...

—¿Qué me ha de deber Vd.?

—Yo ya sé que no puedo pagar á Vd. el favor que me ha hecho; mas lo que he tomado.....

—No hablemos de eso: pero Vd. no puede irse.

—Ahora mismo.

Y, al dar el primer paso, flaqueáronla las piernas y tuvo que volver á sentarse en el jergon.

—¿Lo está Vd. viendo? dijo la cantinera; buena está Vd. para andar un cuarto de legua de noche, y con mal camino. Está Vd. espuesta á quedarse en mitad de él.

—¿Y qué he de nacer? ¡Dios mio! ¿qué he de hacer?

Y María, que no encontraba ya lágrimas que verter, se agitaba convulsa, llevándose desesperada las manos á la cabeza.

La cantinera, á quien habian contado los soldados la causa del desmayo de María, trataba de consolarla de la mejor manera posible.

—Vamos, cálmese Vd., la decía, todavía faltan muchas horas, y ¿quién sabe lo que podrá suceder hasta entonces?

—¡Oh! ¡No, no hay remedio para él!

Fuese por curiosidad, fuese por distrer á María, la interrumpió la cantinera diciendo:

—Debe ser jóven su hijo de Vd., porque Vd...

—¿Un niño, amiga mia, un niño!

—Pues entonces, ¿cómo ha estado en las filas enemigas?

—Le llevaron, le arrebataron de mis manos. Yo no queria dejarlo ir; pero él, ¡cosas de jóvenes! en lugar de resistirse á marchar, se empeñó en ir, creyendo que le iban á hacer oficial lo menos. Ya vé usted, no tiene mas que diez y seis años.

—¡Pobre criatura! exclamó la cantinera, dejándose llevar de su buen corazon.

Y aquella exclamacion tan espontánea como sencilla produjo en María un torrente de lágrimas, que alivió extraordinaria-

mente su corazon, oprimido con un círculo de fuego.

—¿Por qué no va Vd., la dijo al cabo de un rato la cantinera, á ver al coronel? Es una persona muy buena. Puede ser que él la diga á Vd. lo que debe de hacer.

—¿Y dónde vive el coronel? preguntó María enjugándose el llanto apresuradamente, al columbrar una esperanza, por remota y efimera que fuese.

—A dos pasos de aquí: en esa casa que está ahí enfrente.

—¡Ah! Pues voy ahora mismo. Gracias, mil gracias por todo.

—No hay por qué darlas; lo principal es que consiga lo que desea.

—¡Ah! ¡si! ¡si! Dios lo haga. El guarde á Vd.

—Vaya Vd. con él, señora.

Y María echó á andar, casi de priesa, sostenida indudablemente por una febril esperanza.

Era efectivamente el coronel Baeza un cumplido y valiente militar. Quería á sus soldados como á sus hijos; y si en el fragor del combate se olvidaba del cariño que les profesaba para no acordarse sino del cumplimiento de su deber, acabada apenas la lucha, sa tábanseles las lágrimas al tener noticia de la muerte de uno de los suyos.

Dotado de un corazon noble y hermoso, repugnábale verter una sola gota de sangre fuera del campo de batalla.

Tal era el coronel Baeza.

En el momento en que María llegaba á la puerta de su casa, preguntando por él, hallábase sentado frente á una mesa atestada de papeles. A su lado estaba un caballero cadete de poco mas de diez y seis años, vivo retrato del coronel.

Era su hijo, que se hallaba adornado de las mismas cualidades físicas y morales del autor de sus dias: fisonomía dulce y espresiva, sangre fria y valor de un veterano, eran las circunstancias que adornaban al jóven Alberto Baeza.

El coronel acababa de escribir una carta, y la estaba repasando á sus solas..... «Es un valiente entre los valientes, leia para sí el coronel. Si hubieras podido verle, con qué serenidad y arrojo se ha puesto al frente de su compañía, cuando, heridos ó muertos sus jefes, empezaban los soldados á vacilar, le hubieras comido á besos.

»Allí, en el campo de batalla, ha colocado el general sobre su hombro izquierdo la charretera de alferez. Bien la ha ganado, te lo aseguro, y ya tú sabes que por mucho que yo quiera á tu hijo, á mí Alberto, no me ciega la pasión hasta el punto de no ser verídico y exacto en lo que te digo.

»Enorgullécete, Clara mia, tienes un

hijo digno de ti y de tu apasionado—RAMON.»

En aquel momento se presentaba el ordenanza, anunciando que una mujer preguntaba por el coronel.

—¿Qué es lo que quiere? replicó este.

—No lo ha querido decir: dice que tiene que ver al coronel por precision....

—Que pase, dijo éste.

Y un minuto despues llegó María, que, sin poder articular una palabra, se echó sollozando á los pies del coronel.

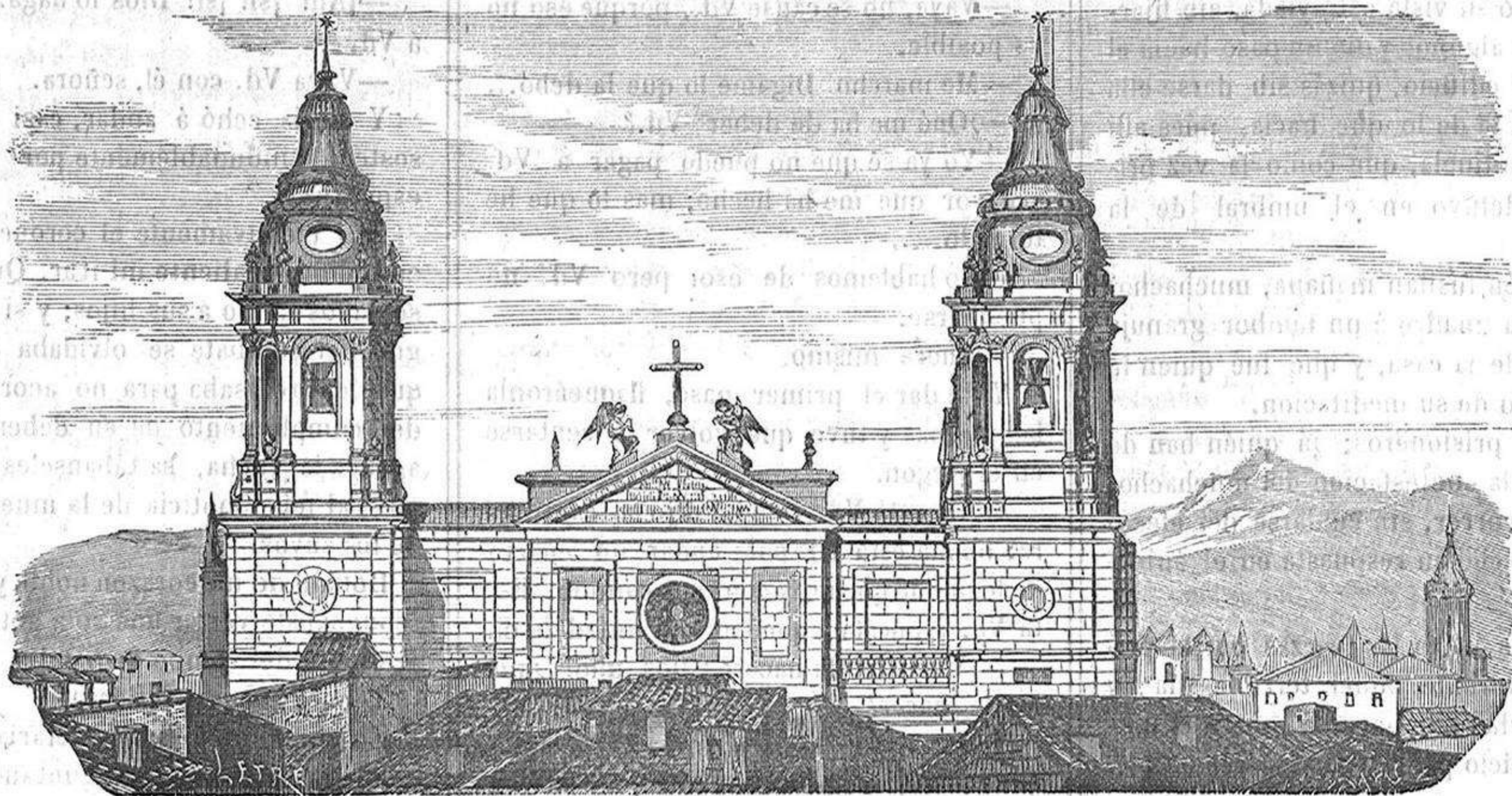
(Se continuará.)

coro y el enrejado que aun existe en la capilla de Santa Cruz, en los claústros.

El 1.º de julio de 1500 se arruinó todo el coro mayor con mucha parte del templo, y D. Carlos *el Noble*, á la sazón reinante, señaló para su construcción la cuadragésima parte de sus rentas, con lo cual la obra avanzó, quedando concluida treinta años despues, por la reina doña Blanca, la nave principal. Su padre, D. Carlos, levantó tambien la del Evangelio, y el obispo D. Sancho de Oteiza la de la Epístola, y hoy vemos la preciosa catedral tal como entonces fué levantada, á escepcion de la

polvo. El cornisamento del orden corre todo lo largo de la fachada y sobre él se eleva un sotabanco. Apea este sotabanco un ático dividido en las mismas partes que la fachada, hallándose decorada la del centro con una vidriera circular y dos recuadros á los lados y coronada por un fronton que remata en una cruz de piedra, con dos ángeles en actitud de orar, finalizando este grupo un jarrón colocado tras de cada ángel.

En las dos alas de la gran fachada hay dos relojes de sol y máquina y sobre ellos dos torres ochavadas con ocho columnas



Catedral de Pamplona.

## LA CATEDRAL DE PAMPLONA.

Hacia el N. E. de la capital del antiguo reino de Navarra se alza magestuosa y severa la catedral de los sucesores de San Fermín.

Nada se sabe de su primitivo origen, hasta que en 1023, la silla episcopal, que huyendo del furor agareno se habia refugiado en San Juan de la Peña, fué restituida á Pamplona.

El año 1100 se concluyó la fábrica del templo y en 1124 la consagró el obispo D. Sancho, con asistencia del rey don Alonso.

La gloria de la catedral creció con los trofeos de la memorable batalla de las Navas de Tolosa, traídos por D. Sancho *el Fuerte*, que fué el que, rompiéndolas cadenas del rey Miramolin, consiguió la victoria.

Para memoria del triunfo, puso en la catedral muchos trozos de aquellas cadenas, con las que formó una red delante del

fachada, que es de construcción moderna.

Subiendo por la calle de Curia se encuentra el viajero con un átrio semicircular cercado de verjas unidas por pilares coronados de jarrones. La fachada de la catedral, cuya parte superior reproducimos en un grabado, ocupa el diámetro de ese semicírculo, fachada que fué construida á fines del siglo pasado, siendo trazada por el célebre D. Ventura Rodriguez y ejecutada por el arquitecto D. Santos Angel Ochandátegui.

Forma el centro de la fachada un grandioso pórtico corintio, dipteno, de tres intercolumnios, los que, siendo mas ancho el del centro, están coronados por un sencillo fronton, cuyo timpano ocupa un escudo de armas y en cuyos extremos hay cuatro acroteros ó pedestales, que esperan aun las colosales estatuas.

Dos sencillos entrepaños divididos en dos partes por su imposta del orden con un balcon sobre ella y una puerta sin adorno, sirven de transición á dos alas, sin mas decoración que dos ventanas con guarda-

corintias y su cornisamento, las cuales concluyen en cúpulas á la imperial, que terminan en dos pararrayos.

El interior del pórtico es del mismo estilo que la fachada. Un gran cuadro de mármol de medio relieve, representando la Asunción de Nuestra Señora, ocupa el intercolumnio del centro.

Al entrar en la iglesia la perspectiva varia por completo.

Al orden greco romano de la fachada sucede un interior gótico, parco y sencillo. El templo forma una curva latina y tiene tres naves de gran estension. La del centro es mas alta y sostenida por columnas que semejan haces de cañas. En un lado del crucero está la puerta de San José y en el otro la del claústro.

El coro, colocado en medio de la iglesia, segun la antigua costumbre, tiene una magnífica sillería esculpida por Miguel Aucheta. En medio del coro está el sepulcro de D. Carlos III, *el Noble*, y su esposa doña Leonor. Este sepulcro es el que aparece en el grabado que publicamos en es-

te número. Las paredes exteriores del coro no tienen adorno alguno, á escepcion del centro del trascoro en que estaba antes el sepulcro del conde de Gajes, y hoy se ha sustituido con un altar de mármol y alabastro que vale mucho, pero que desdice del edificio.

En el altar mayor hay un buen retablo del gusto greco-romano, y en todo el ámbito del templo hay capillas donde habia altares góticos, que se han reemplazado por otros de estilo romano. El pavimento es tambien moderno.

Por una de las puertas del crucero se

## LOS INDIANOS.

NOVELA.

(Continuacion.)

XIII.

### Amo y criado.

Dije en uno de los anteriores capítulos que José María se presentó á su nuevo amo D. Juan Pedro de Arangorena.

Este buen señor vivia en el campo en una bonita casa con un lindo jardin.

á sus pies se veia un sombrero de jipijapa de anchas alas.

—¿Quién es, Pancha?—preguntó al ver á la mulata seguida de un desconocido.

—Un jóven que envia el señorito Francisco Javier.

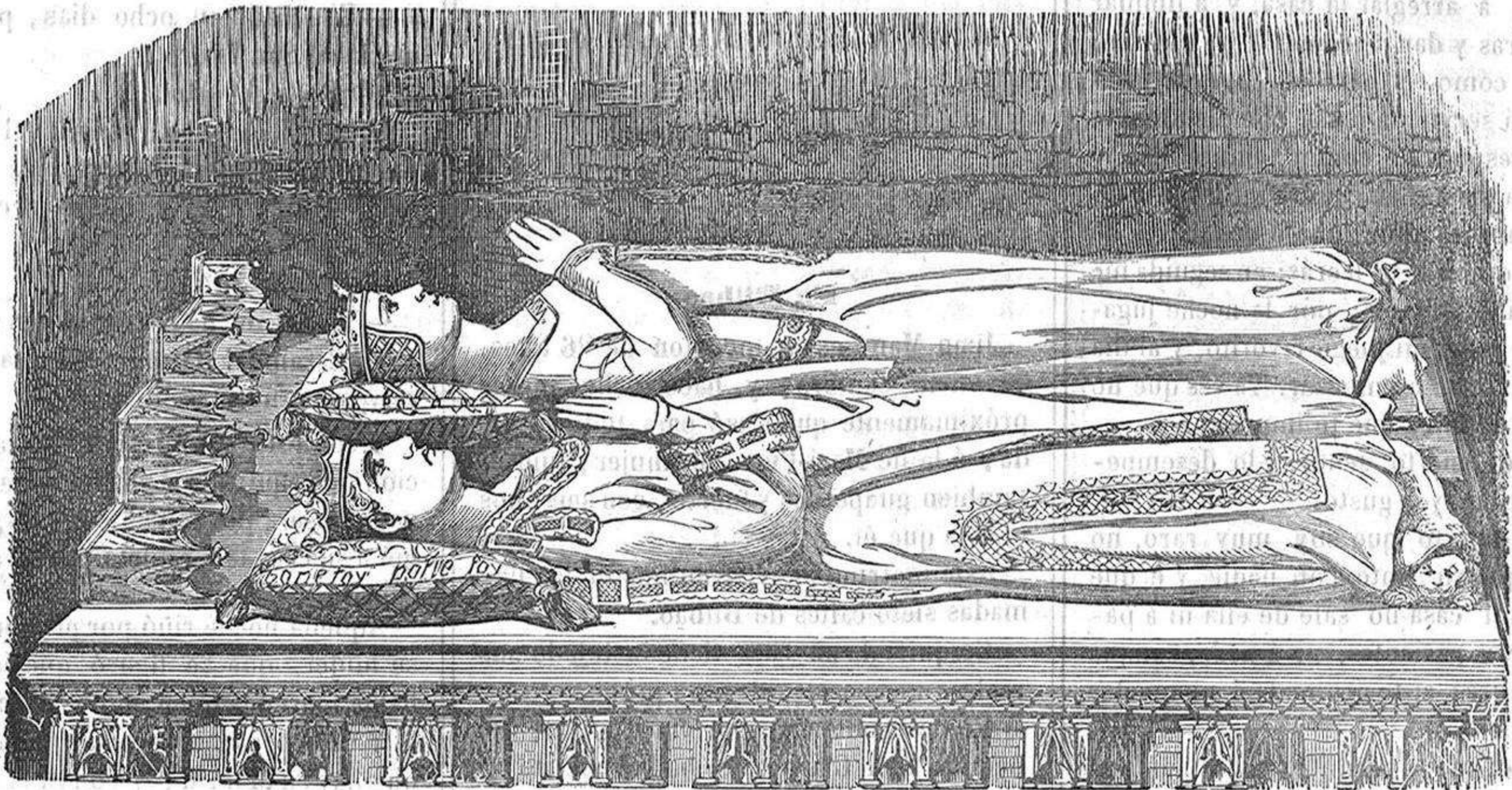
—Será el mancebo que le he pedido para reemplazar al galopo de Hermógenes.

—Así parece.

—Acércate, muchacho, y tú Pancha, ve á hacer una visita á mis canarios.

Don Juan y José María quedaron solos.

—El señorito me ha dado una carta para Vd.—dijo el baztanés.



Sepulcro de D. Carlos III el Noble en la catedral de Pamplona.

sale á un patio cuadrado, rodeado de un precioso claustro gótico, cuyas ventanas, balaustres y antepechos son sorprendentes.

El obispo Arnaldo Barbazano, cuyo cuerpo momificado se descubrió el año 1856, construyó el siglo XVI la mitad de los claustros é hizo la capilla llamada Barbazana, bajo la cual está el panteon donde se enterraban los canónigos.

En los claustros se ven varios sepulcros, uno que se supone ser de D. Leonel de Navarra, en frente el del obispo D. Miguel Sanchez de Assain, el del conde de Gajes y el de D. Francisco Espoz y Mina.

Son dignas de verse en este edificio la sacristia de los canónigos y la sala llamada Preciosa. Su archivo es rico. Tambien contiene cuadros de mucho mérito.

Las flores, los pájaros y los perros constituian toda su distraccion.

Podria tener D. Juan unos sesenta y cuatro años.

Era un hombre muy sano, y el tiempo habia pasado por su rostro sin demacrarle; conservaba un cutis suave y fresco, y como estaba de buen año apenas se notaban arrugas en su rostro.

La primera operacion que hacia al levantarse á las seis de la mañana era afeitarse: así es que sin la blanca y abundante cabellera que ornaba su cabeza, hubiera podido pasar por un hombre de cuarenta años.

Cuando llamó José María á la puerta de la quinta, salió á abrir una mulata vieja rodeada de ocho ó diez perros de distintas castas.

Despues de darse á conocer, le condujo la mulata por una calle del jardin á un cenador cubierto de enredaderas, en donde, despues de haber comido, saboreaba don Juan una taza de riquísimo café.

D. Juan tenia un traje de hilo blanco y

—Mi sobrino, ¿eh?

—Sí, señor.

—A ver, léemela.

José María obedeció, enterando á don Juan de la carta que ya conocen mis lectores.

—¿De dónde eres?—le preguntó don Juan.

—Del balle de Baztan.

—Buen país... todos los que habeis nacido en él teneis fama de honrados.

—Procuramos vivir como Dios manda.

—¿Y hace mucho que estás en Montevideo?

—No, señor: he llegado esta mañana.

—¿Es decir, que todavia no has servido en ninguna parte?

—En ninguna.

—¿Ni en tu tierra?

—Tampoco: allí era maestro de escuela.

—Me place, hombre, me place... con eso sabrás leer de corrido.

—Por deber y por gusto procuraré complacer á Vd. si me admite en su casa.

—Date por admitido... tu porte me gusta, y luego mi sobrino te recomienda...

Has de saber que yo tengo gran fé en mi sobrino.

—Doy á Vd. gracias.

—Desde luego tendrás el salario de una onza; pero voy á decirte cuales serán tus obligaciones. En primer lugar, te levantarás á las cinco y me prepararás la ropa. A las seis me levanto y quiero hallarlo todo dispuesto. Desde las seis hasta las ocho me ayudarás á cuidar el jardín: soy muy amante de las flores y las mimo, conque no te digo mas.

—Bien está señor.

—Desde las ocho hasta las dos ayudarás á Pancha, mi antigua cocinera ama de gobierno, á arreglar la casa, y á limpiar las pajareras y dar de comer á los pájaros. A las dos como, y para esa hora te presentarás á servir la mesa completamente aseado. Despues de comer tomo el café y duermo la siesta; en cuanto me levanto no hay quien me quite una ó dos horas de lectura; yo oiré y tu leerás; en seguida me acompañarás á paseo; por la noche jugaremos un mus, mi juego favorito, y al dia siguiente vuelta á empezar. Ya ves que no es penosa la tarea que te impongo.

—No por cierto, señor, y lo desempeñaré con el mayor gusto.

—Te advierto que soy muy raro, no tengo ni quiero trato con nadie, y el que entra en mi casa no sale de ella ni á paseo, ni á ver parientes, ni á nada; conque ahora tú dirás si te acomoda ó no quedar á mi servicio.

—Si Vd. me lo permite, voy á hablarle con franqueza.

—Habla, sí, habla; que mas vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo,

—No necesito ponerme colorado, porque lo único que tengo que decir á Vd. es que no podia encontrar una colocacion mas análoga á mis deseos. He abandonado mi pueblo, me he desprendido de los brazos de mi familia, no impulsado por la ambicion, sino por la necesidad. Una deuda sagrada tiene á mi anciano padre en la mayor tortura; yo he querido aliviarle y he venido á trabajar, á jugar mi vida para poder decir un dia al que me dió el ser: «Tenga Vd. lo que necesita y lleve Vd. al sepulcro la conciencia tranquila.» No anhele otra cosa, y como al lado de usted, cumpliendo bien, puedo realizar mis aspiraciones y vivir sin ver á nadie, considero una buena suerte la que me ha traído á su casa de Vd.

—¿Cómo te llamas? preguntó D. Juan.

—José María.

—Pues bien, José María, tus palabras te ensalzan á mis ojos, y desde ahora te aseguro que si eres lo que pareces verás cumplidas todas tus esperanzas.

Un mes despues de esta conversacion D. Juan Pedro escribia á su sobrino:

«Estoy tan contento con tu recomendación, que no sé cómo agradecerle el acierto que has tenido para elegirle. Mientras él quiera, no se apartará de mi lado.»

—¿Sí, eh? exclamó D. Francisco Javier; pues entonces ya es tiempo de ir preparando el terreno para dar el golpe.

Y acto continuo escribió á su tío rogándole que le enviase un dia cualquiera á José María para hacerle un regalo por su buen comportamiento y estimularle á perseverar en su buena conducta.

D. Juan Pedro dió gusto á su sobrino.

(Se continuará.)

## UN VIAJE DE RECREO.

DE BILBAO A MADRID.

I.

En Bilbao.

Juan Manu es un moceton de 26 años, de oficio cantero, y hace ocho meses próximamente que casó para toda su vida, ó la de Mari-Pepa su mujer, que es tambien guapetona y fuerte, con seis años menos que él.

Este matrimonio vive en una de las llamadas siete calles de Bilbao.

Cerquita de su casa tiene instalado sus reales un maestro de obra prima.

El descendiente, por línea curva, del bendito San Crispin, se halla suscrito al *Euscalduna*, merced al repartidor de este periódico, que se lo entrega todas las mañanas, y al vecino del primer piso, que paga la suscripcion, para leerlo despues de bien saturado el número de sebo, resedon y pez.

A la caída de la tarde del jueves 5 del actual volvía nuestro buen Juan hácia su casa, despues de haber dejado un sillar á medio labrar, con el firme propósito de no dejar á medio comer la cena que le tenia preparada su hacendosa mitad, cuando, por mal de sus pecados, antojósele ir á dar las buenas tardes á su vecino el maestro.

Asomó las narices por encima de la tarima-biombo y dijo:

—¡Hola! ¿Se trabaja?

Al maestro se le hacia la boca agua hasta desembuchar la gran noticia que habia pescado aquella mañana. Así es que sin oir lo que Juan le preguntaba, preguntó él á su vez:

—¿Ya sabes eso de Madrid?

—Revolucion ó así habrá habido, ¿eh?

—¡Cá! No. Por 76 reales desde Bilbao ida y vuelta.

—¿Por cuánto dices? Y esto lo dijo Manu como aquel que mira la lista de la

lotería para ver si le ha tocado algun premio pequeño, y se encuentra con que le ha caído el premio gordo.

—Por 76 reales, hombre, por 76 reales.

—Algun equivoco sera eso.

—En la gaceta del *Euscalduna* está escrito en letras de molde.

A una prueba tan justificada, Juan Manu metió maquinalmente las manos en los bolsillos: tenia por junto un cuarto. Como se ve, no alcanzaba su capital para hacer el viaje mas allá de la estacion.

—¿Y cuándo es, pues, eso? preguntó en un tono por el que no era fácil colegir si deseaba oír «mañana» ó «el año que viene.»

—El sábado en ocho dias, para la romería de San Isidro.

—¡Romería y todo!....

Y echó la mano al embés del cogote, y refregó unas cuantas veces las yemas de los dedos, entre el hueso occipital y el hueso *palomo*,

—¿Y vás tú?

—Ya se me ha pasado por el *magin*.

—¡Caramba! Otra como esa, pues, no se verá en nuestros dias.

Y con esto y con alguna otra exclamacion que equivalia á decir: «pues sí yo no voy, no será por falta de ganas,» se dirigió á su casa tan repleto como si hubiera cenado.

Aquella noche riñó por primera vez con su mujer, que se figuró que su hombre habia merendado en alguna *tasca*.

Y soñó con San Isidro, y con las fieras que hay en Madrid, y con el el ferro-carri, y con los 76 reales que no tenia, para ir á ver todas aquellas cosas y otras muchas cosas mas.

A las cinco de la mañana del siguiente dia ya estaba Juan Manu el cantero dándole que le das al puntero con el martillo: trabajaba á destajo.

A las doce del dia se hallaba frente á frente de Mari-Pepa, que habia colocado sobre una mesa de sillería de Galdacano un ollo repleto de habas, á las que daba color, olor y sabor un buen trozo de cecina.

Nuestro hombre sudaba mas que cuando daba al martillo, por ver de dar con un pretexto cualquiera que pudiera darle pie para hablar á su mujer del consabido viaje.

—En Castilla, dicen que ya ha llovido y todo, y no baja el pan ni nada.

Estas palabras de su mujer hicieron en el cerebro del hombre lo que hace una cerilla de Cascante cuando se restriega: hicieron luz.—Espresion de última moda.

—Este año—dijo Juan Manu sin detenerse á tomar aliento—irá mucha gente á visitar á San Isidro, patron de los aldeanos.

—¿En dónde está, pues, ese santo?

—En Madril, mujer.

—¿Y á Madril han de ir? Tú estás loco ó...

—¿Loco, pues, habia de estar?— dijo despues de beberse medio jarro de agua fresca.—Setenta y seis reales nada mas nos cuesta para venir y...

—No están los tiempos para gastar *insustancialmente*.

Juan Manu calló, porque comprendió que no estaba el horno para cocer bollos.

Al siguiente dia se atrevió á decir á su mujer que Pachico el *calquero* pensaba ir á Madrid á la Romería de San Isidro.

—Mejor si *haría* ropa nueva á sus chicos, fué la contestacion de su cara mitad.

El domingo se aventuró á proponer á su costilla el que hicieran un viaje juntitos á Madrid.

—Tu estás tocado de la *chola*—respondió Mari, mirando con ojos recelosos á su marido.

El lunes tuvo este el valor de decir, despues de beberse medio chiquito de chacolí, que casi, casi, estaba decidido á hacer solo el viaje que habia propuesto la vispera.

¡Allí fué Troya! Mari-Pepa empezó por decirle que era un vago, un perdido, un *barragarri*, y acabó por asegurarle que no le daría un cuarto.

Hay que advertir que Mari era la *cajera*.

El martes... ¿qué habia de suceder en dia que suceden tantas cosas malas... y buenas? El martes se armó la gorda, porque Manu dijo resueltamente:

—Suceda lo que quiera, allá voy.

El miércoles se volvió la criada respondona. Empezó su mujer á hacerle reflexiones en distintos tonos, que hicieron el mismísimo efecto que sermon predicado en desierto, y, por fin, el jueves hizo Mari Pepa lo que D. Simplicio Majaderano Cabeza de Buey en la *Pata de Cabra*. Puesto que su marido se hallaba resuelto á marcharse sin su consentimiento, se lo dió.

Y empezaron los preparativos de viaje. Y su hacendosa mujer, haciendo de la necesidad virtud, el sábado por la mañana frió (antes lo compró, por supuesto), una libra de merluza y la envolvió en un periódico, y unió á la libra de merluza otras dos de pan y una bota llenita de vino de lo tinto.

Hizo que Juan Manu se pusiera una camisa limpia y el pantalon mas nuevo y una blusa, que no la habia aun estrenado, y una boina encarnada y unos zapatos blancos, comprados *ad hoc*.

Por último, Mari acompañó á Manu hasta la estacion, á donde llegaron á la una del dia, esto es, dos horas antes de la salida del tren.

No fueron los primeros en llegar, pues

hacia rato que estaba ya allí echándole mala fama por su tardanza, Pachico el zapatero.

Tomó cada uno su billete, y los dos juntos, despues de despedirse de sus mujeres repectivas, entraron en el anden á la una y cuarenta minutos y en el coche á las dos y quince, esto es, tres cuartos de hora antes de que silbara la locomotora para ponerse en marcha.

No es cosa de apuntar aquí los calendarios que nuestro hombre hacia sobre lo que iba á ver y lo que tendria que dejar de ver por falta de tiempo.

Segun iba llenándose el coche de gente, comprendió Manu que su blusa iba á hacerse vieja en solo un dia con tanto estrujon y tanto roce, por lo que se la quitó, la plegó cuidadosamente, y cuidadosamente tambien la colocó debajo de... mas abajo yacian la bota y la merienda.

Unos minutos antes de partir, fué cuando conocieron los que primero se habian posesionado del asiento que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y que vale mas llegar á tiempo que rondar un año, y otras cosas á este tenor; pues observaban que los que llegaban á última hora tenian la ventaja sobre los primeros que quedaban sobre estos.

Nuestro hombre sudaba la gota gorda, cosa muy en su lugar, pues se hallaban fuera del suyo y encima de aquel dos dromedarios, que pasaban por dos mujeres, pero que indudablemente pasaba cada una de ellas de mujer y media.

Por fin, sonó la campanilla y un silbato y luego otro y ¡adios! ¡buen viaje! ¡divertirse y gastar poco! ¡hasta la vuelta!

(Se continuará.)

## LA MARCHA DEL VOLUNTARIO.

### I.

De una colina suave  
en la estensa amena falda,  
por árboles centenarios  
y ramaje circundada,  
entre los que limpio arroyo  
lleva sus ondas de plata  
á dar al valle frescura,  
lozana vida á las plantas,  
á los pájaros cantares  
y perfumes á las auras,  
hay un pueblecito humilde,  
humilde porque sus casas  
ni de la tierra á las nubes  
con ativez se levantan,  
ni de costosos relieves  
lucen inútiles galas.  
Sus sencillos habitantes,  
de rudo cuerpo y fiel alma,  
sóbrios, bondadosos, fuertes,  
con la aurora se levantan,  
cuelgan en sus propios hombros  
los aperos de labranza,  
que son su mayor riqueza,

alegres al campo marchan  
padres é hijos reunidos,  
y allí sin cesar trabajan,  
encalleciendo sus manos  
con el arado y la azada;  
hasta que ya el sol declina  
su lenta invariable marcha,  
en la nube reflejando  
vivo arrebol de oro y grana  
que la callada hora anuncia  
del crepúsculo que avanza;  
y entonces, cuando del dia  
la brillante luz se apaga  
para dar de las estrellas  
á la luz tímida entrada;  
cuando confusos rumores  
de la tierra se levantan  
y de aromáticas brisas  
el ambiente se embalsama,  
vuelven y ya la familia,  
en agradable compañía,  
la cena que ha preparado  
esposa amante, despachan,  
bendicen á Dios y entréganse  
al sueño sin mas tardanza.

Así, muy felices siendo,  
viven toda la semana,  
mas llega el dia festivo  
y, cual Dios quiere, descansan  
en distraccion saludable,  
ó ya en religiosas prácticas,  
empleando como buenos  
el tiempo que alegre pasa,  
agenos de vanidades  
y de ambiciones mundanas,  
sin pasiones que subyugan,  
sin miserias que desgastan  
los sentimientos purísimos,  
las ilusiones del alma.

### II.

Entre las casas del pueblo,  
dos hay que juntas se hallan  
y que de lejos parecen  
como dos palomas blancas.  
En una de ellas Andrés,  
hijo de familia honrada,  
vive con sus tres hermanos,  
y todos la tierra labran  
para llevar el sustento  
á su madrecita anciana.  
La pobre madre que, siempre  
en la aldea retirada,  
juventud y edad madura  
pasó cuidando su casa,  
en el bienestar humilde,  
resignada en la desgracia,  
siempre cariñosa y buena,  
siempre tendiendo su franca  
mano al triste desvalido,  
mira hoy sin afanes ni ansia  
los dias de la vejez  
deslizarse en santa calma,  
porque en sus hijos queridos  
cifra su dicha mas alta,  
y con ellos se complace,  
gozo le dan sus palabras  
y satisfaccion sus obras  
y ternura su constancia.  
Andrés, que es de todos ellos  
el que mas años alcanza,  
ha cumplido justamente  
la edad en que se consagra  
el hombre al deber del hombre,  
la raza al deber de raza.  
Buen hijo y hermano, Andrés  
nunca á su madre dejara;  
mas oye que mancillar

se intenta la honra de España  
y en remoto suelo huéllanse  
sus creencias sacrosantas,  
que se ha empezado la guerra,  
que es noble y digna la causa,  
que el país vasco-navarro  
á sus fieles hijos llama  
y ya se aprestan los buenos  
y ya los leales marchan,  
y, antes que vivir dichoso  
en su tranquila morada,  
antes que pan y delicias  
bajo el techo de su infancia,  
sin cuidarse poco ó mucho  
de la suerte que le aguarda,  
quiere ir voluntario y quiere  
servir á Dios y á su patria.

Vive Clara con sus padres  
en la otra casita blanca,  
y Clara y Andrés en uno  
sus corazones enlazan  
con suavísima ternura,  
con dulce amor, que retrata  
ensueños de su delirio,  
destellos de su esperanza.

Juntos de niños corrieron  
la pradera solitaria;  
juntos en el claro arroyo,  
que su imagen reflejara,  
mirábanse silenciosos,  
tal vez de su mente en alas  
vislumbrando, prematuros,  
la ventura en lontananza  
de las almas candorosas  
que con pureza se aman,  
como vibran confundidos  
dos ecos, como dos ramas  
de un árbol mismo, que viven  
y se nutren de una sávia.  
Que esta es del querer sincero  
la perfecta semejanza,  
y tal el amor que sienten  
Andrés y la linda Clara.

### III.

Es una hermosa mañana  
de abril, del florido mes  
en que el sol la viva lumbre  
de su mágico poder  
derrama sobre la alfombra  
de la tierra, que el cruel  
Bóreas marchitado había  
con intensa rigidez  
y la primavera cambia  
en matizado vergel,  
de frutos lleno y de flores  
y ricas galas do quier.  
Desusado movimiento  
se nota en el pueblo, que  
algo anuncia extraordinario,  
algo que interrumpe aquel  
constante apacible aspecto  
de su silencioso ser.  
Cercana música se oye:  
la de una *rondalla* es  
de mozos que, reunidos,  
entonan con sencillez  
los *cantares* de la tierra,  
y detrás de ellos se ven  
ancianos, mujeres, niños  
con solícito interés.

Y aquel no comun suceso,  
que así mueve á la vejez  
lo mismo que al que ilusiones  
allí donde quiera vé,  
no es la algazara del pueblo  
que, el continuado vaiven  
de las faenas dejando

al año solo una vez,  
celebra de su patrono  
la fiesta con pompa y fe,  
y á diversion inocente  
algunos días después  
se entrega, en que todo es júbilo,  
todo alegría y placer.

No es la de aquellos cantares,  
como algun tiempo lo fué,  
la sentida poesía,  
sentida y franca también,  
si de galas despojada,  
rica de afectuosa miel.....

Es ¡ay! que los mozos dejan  
la casa de su niñez,  
la alegría de los campos,  
del hogar el santo bien,  
para trocar por las armas  
los aperos y tal vez  
por la muerte en tierra estraña  
tanta dicha que fué ayer  
y pronto será el recuerdo  
que ama el hombre y vive en él,  
de sus afecciones lejos,  
sintiéndolas renacer.

Esos cantos de dulcísima,  
de espresiva languidez,  
mezcla son de franco giro  
que al viento da su querer  
y de tierna despedida  
que hoy recoge el pecho fiel  
de la madre, que á su hijo  
partir de su lado ve  
con profundísima pena,  
con pena acerba, porque es  
vida de su misma vida  
y sér de su mismo sér;  
que aunque el sacrificio se hace  
por DIOS, LA PATRIA Y EL REY,  
no puede, no, el sentimiento  
sus cuerdas al fin romper.

Del grupo de mozos uno  
se ha separado... es Andrés;  
fija la vista en su amada,  
y madre é hijo á la vez  
se estrechan, y sus sollozos  
confunden así los tres.

Como sus brazos, unidas  
están sus almas también  
por diversos sentimientos,  
formando otro grupo que  
para describirlo fuera  
preciso mejor pincel.

Los dulces lazos desata  
y parte por fin Andrés,  
en tanto que Clara siente  
por sus megillas correr  
perlas de abundoso llanto,  
y «ojos que marchar le ven  
—dice de amargura llena—  
¿cuándo te verán volver?.....»  
y exclama la pobre madre,  
viendo ausentarse á su bien:  
«corazon que él se me lleva,  
¿cuándo volverá con él!.....»

S. FALCON.

Pamplona, febrero de 1870.

## NOTICIAS.

La situación se complica; todas las pasiones se agitan, todos los intereses se mueven y asusta el desenlace de esta espantosa crisis. Los sucesos de Portugal son una nueva fase que presenta la cuestión española; el recelo se apodera de las

clases pacíficas, y las personas que, apartadas, ven, sin embargo, en la situación una nave que lleva sus intereses, y que, combatida por furiosas tempestades, se halla espuesta á perecer, viven en una angustia dolorosa. La enfermedad contagia hasta el pacífico y honrado solar vasco-navarro. ¡Dios tenga piedad de nosotros y en un supremo esfuerzo una á los hombres de bien de todos los partidos para evitar la ruina que nos amenaza! Los momentos son difíciles.

\*\*\*

Ha empezado á ver la luz un periódico en Bilbao que se titula *La Verdad de los Fueros*, y es republicano federal.

\*\*\*

El desdichado Domingo Goicurria, agarrado el día 7 ú 8 del corriente en la ciudad de Puerto-Príncipe (Cuba) por el crimen de traicion y piratería, era hijo de un vizcaino y había nacido en Vizcaya. Según las noticias que publica el *Irurabat*, su familia, que disfrutaba de una situación de fortuna opulenta, envióle hácia el año 1820 en compañía de un hermano á educarse en el famoso colegio de Santiago, establecido en la república de Abando, en el que dió aventajadas muestras de vivo despejo y gran facilidad para los estudios. Completose su educación en varios países de Europa y en los Estados-Unidos.

Una hermosa y sólida casa que hay en el camino de Castrejana, antes de llegar al puente de Burceña, y dando frente á un camino peatil que dirige á la Ribera de Zorroza, perteneció á los padres ó tios del renombrado filibustero.

Es bien seguro que si siempre hubiera vivido en aquel país pacífico, morigerado y religioso, en los corazones de cuyos habitantes es innato el respeto á las leyes y á la autoridad y al derecho del prójimo, ni hubiera arrastrado tan borrascosa y triste existencia, ni llegado á fin tan trágico.

## EL PAIS VASCO-NAVARRO.

### Precios de suscripción.

En España... 3 meses 12 reales.  
En Cuba y Puerto-Rico... 6 meses 3 pesos.  
América del Sur y Filipinas... 6 meses 4 pesos.  
Estranjero... 6 meses 10 franc.  
Número suelto en España... 2 reales.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero de la izquierda (barrio de Salamanca).  
—BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas.  
—PAMPLONA: secretaria del Colegio de internos.—VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro, en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, número 23.—SAN SEBASTIAN: librería de D. Manuel Aramburu.—La administración central de Madrid admite suscripciones de todas partes, siempre que al aviso acompañe el importe en letra de fácil cobro ó sellos.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez.—San Miguel, 23.